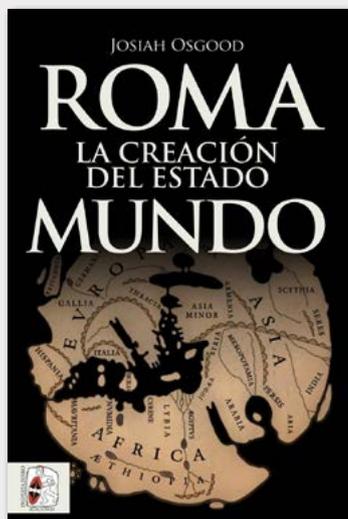


## Roma y la primera globalización

**Julio César, Espartaco, Pompeyo, Cleopatra o Augusto son algunos de los personajes que marcaron una época de crisis, revueltas y guerras civiles, pero también de transformación y un florecimiento sin precedentes que cristalizarían en la emergencia de Roma como el primer Estado mundo.**



**27-03-2019** – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Roma. La creación del Estado mundo* de Josiah Osgood, doctor por la Universidad de Yale y director del departamento de Clásicas en Georgetown.

La visión tradicional del último siglo de la República romana es el de un periodo de caótica entropía, en el que políticos sin escrúpulos sumieron al Estado en una violenta espiral de autodestrucción. Múltiples fueron los retos que Roma hubo de afrontar, desde la rebelión de los aliados itálicos en pos de la ciudadanía al levantamiento de esclavos y campesinos empobrecidos que fue la revuelta de Espartaco, desde la amenaza del temible Mitridates a la invasión de cimrios y teutones. Y todo ello enmarcado por continuas luchas fratricidas, desplazado el debate político de las instituciones al campo de batalla, trocada la oratoria por las espadas de un Mario, un Sila, un Pompeyo o un César. Ante esta coyuntura atroz, ¿cómo pudo Roma evitar su desintegración? Josiah Osgood desgrana el relato de ese tiempo axial para demostrar que fue entonces cuando se plantaron los cimientos de ese Estado global que sería el Imperio.

Se desarrollaron nuevas ideas y prácticas políticas y de ciudadanía, la economía del Mediterráneo experimentó un florecimiento sin precedentes, y la propia ciudad de Roma, metrópoli con más de un millón de habitantes, se convirtió en un centro intelectual sin parangón. Osgood supera las viejas narrativas centradas en los conflictos políticos y amplía su lente a todo el Mediterráneo, para integrar aspectos culturales, sociales y económicos, en un relato apasionante, crónica de agilidad pasmosa y de calado intelectual profundo.

Asimismo, *Roma. La creación del estado mundo* enlaza con debates actuales como la acumulación de poder unipersonal en nuestros regímenes políticos –¿es Trump un “Augusto” capaz de acabar con la democracia desde las instituciones?– o los retos que supone la integración de un Estado mundo, similares a las de una estructura como la Unión Europea, asediada ahora por fuerzas centrífugas.

La obra está **disponible desde el viernes 29 de marzo**.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

### Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



## SOBRE EL AUTOR



**JOSIAH OSGOOD** es licenciado y doctor por la Universidad de Yale. Actualmente es profesor y director del departamento de Clásicas en la Universidad de Georgetown (Washington DC). Sus áreas de especialización son la Historia Romana y la Literatura Latina con especial enfoque sobre la caída de la República romana. Ha publicado numerosos libros y artículos, incluyendo *El legado de César* (Desperta Ferro Ediciones, 2020), *Claudius Caesar: image and Power in the Early Roman Empire* (Cambridge University Press, 2010), *A Suetonius Reader: Selections from the Lives of the Caesars and the Life of Horace* (Bolchazy-Carducci Publishers, 2011), *Turia: a Roman Woman's Civil War* (Oxford University Press, 2014) y *Roma. La creación del Estado mundo* (Desperta Ferro Ediciones, 2019).

Los intereses académicos de Josiah Osgood incluyen la guerra civil, la figura del emperador romano y la biografía, la historiografía y la sátira antiguas. Ha recibido la beca de investigación Rome Prize otorgada por la American Academy in Rome. Vive en Washington DC pero cada año viaja a la capital italiana para continuar su investigación.

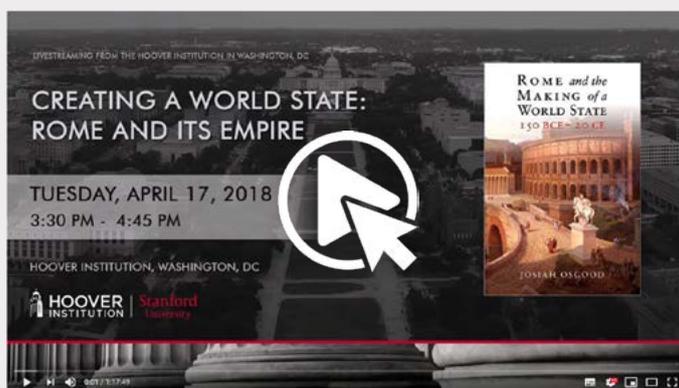
## SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«[Osgood] ha dado un Nuevo e importante giro a la historia de la caída de la República romana. Su análisis será ampliamente bienvenido».

*Classics For All*

«El libro contiene cerca de 300 páginas de alta prosa periodística que registra la vida de la época alternando detalles animados y esbozos generales. El novelista Fenimore Cooper escribió que la Historia es “apta para rodearla de héroes con una atmósfera de brillo imaginario” lo cual, si no es verdad en general, lo es, sin duda, en este libro.»

*Providence*



# ÍNDICE

*Roma. La creación del Estado mundo, 150 a. C.-20 d. C.*

Agradecimientos

- 1 DE POTENCIA MUNDIAL A ESTADO MUNDO: INTRODUCCIÓN**
- 2 LA NUEVA POTENCIA MUNDIAL:  
EL IMPERIO Y LOS ASUNTOS IMPERIALES (150-139 A. C.)**
- 3 LA CIUDAD DE ROMA: ESCENARIO POLÍTICO  
Y METRÓPOLIS EN EXPANSIÓN**
- 4 LA BATALLA POR LA REFORMA (150-104 A. C.)**
- 5 LA ESPIRAL DE VIOLENCIA (104-80 A. C.)**
- 6 ITALIA Y LA REINVENCIÓN DE ROMA (150-50 A. C.)**
- 7 ROMA ENTRE LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO:  
EL ELEFANTE ATASCADO (80-60 A. C.)**
- 8 LÍDERES RIVALES Y LA BÚSQUEDA  
DE LOS FUNDAMENTOS DEL PODER (66-50 A. C.)**
- 9 EL RUMBO DEL IMPERIO:  
GOBIERNO PROVINCIAL Y SOCIEDAD (90-50 A. C.)**
- 10 LA CIUDAD MUNDO: SOCIEDAD  
Y CULTURA EN ROMA (85-45 A. C.)**
- 11 LA GUERRA DEL MUNDO (49-30 A. C.)**
- 12 EL PRINCIPADO: UN GOBIERNO  
PARA EL ESTADO MUNDO (30-6 A. C.)**
- 13 LA NUEVA ERA: LA REFORMA  
DE LA CULTURA Y LA SOCIEDAD (30-5 A. C.)**
- 14 EL ESTADO MUNDO PUESTO A PRUEBA (4 A. C.-20 D. C.)**

Referencias a fuentes clásicas

Bibliografía

Índice analítico

# CAPÍTULO 1

## DE POTENCIA MUNDIAL A ESTADO MUNDO: INTRODUCCIÓN

### LAS TRANSFORMACIONES DE ROMA

Como punto de partida, puede ser útil comenzar nuestras reflexiones ofreciendo un breve bosquejo acerca de la Roma del año 150 a. C. y de los cambios que esta experimentó durante el siglo siguiente, así como proponiendo, de paso, un marco general desde el que reflexionar sobre dichas transformaciones. Para ello, nos centraremos en tres aspectos: el Imperio ultramarino, la cultura y, por último, la política.

En 150 a. C., Roma era la potencia dominante en el Mediterráneo. El Senado romano despachaba de forma periódica comandantes militares para que supervisaran una parte de Hispania y de las islas de Sicilia y Cerdeña. Otras regiones recibían instrucciones puntuales de la Cámara, ya fueran estas redactadas en la propia Roma o acordadas por delegaciones de senadores desplazadas al efecto. En líneas generales, la administración era exigua. Durante los cien años siguientes, en cambio, Roma logró un control más férreo de un territorio mucho mayor, que llegó a extenderse entre Europa noroccidental, África, Asia Menor y Oriente Medio. A la altura de 50 a. C., existían ya más de una docena de provincias distribuidas en tres continentes, cuyos gobernadores romanos se aseguraban de que los impuestos fueran recaudados y se mantuviera un cierto orden interno. Las autoridades provinciales se encargaban, además, de la defensa de los intereses de los millares de ciudadanos romanos que vivían en ultramar. No existía, sin embargo, un ejército regular. Las legiones se movilizaban cuando eran necesarias y se disolvían al dejar de serlo, y los soldados reclamaban a sus generales, cada vez con más ahínco, gratificaciones que les compensaran por sus licenciamientos, en especial, concesiones de tierras y dinero.

Durante ese mismo siglo, acaeció una profunda transformación cultural. En 154 a. C. se estaba llevando a cabo la construcción del primer teatro con graderíos de piedra de la ciudad de Roma. Antes de que pudiera completarse, no obstante, el Senado acordó demolerlo. Los sectores conservadores creían que era «demasiado griego», pues los «verdaderos romanos» –adujeron– debían contar con el vigor suficiente como para permanecer en pie durante

las representaciones. Cien años después, en cambio, Roma disponía de un enorme teatro de mármol. Adosado a él, un pórtico repleto de obras de arte servía, a decir de los poetas contemporáneos, de punto de encuentro. Las mismas viviendas, decoradas con esculturas, pinturas y columnas de mármol de estilo griego, proclamaban los gustos de sus dueños. Los romanos abrazaban ahora la extravagancia y el individualismo que había caracterizado a la cultura griega desde las conquistas de Alejandro Magno. Hacia el año 44 a. C., algunos de los habitantes de Roma escribían autobiografías e incluso poemas sobre sus lances amorosos.

Por lo que a la política respecta, a mediados del siglo II a. C., Roma era una república gobernada por sus ciudadanos. De hecho, la designación oficial del Estado era la de «Pueblo romano», en nombre del cual se suscribían todos los tratados con las potencias vecinas. Entre los propios romanos, en cambio, solían referirse al Estado como *res publica*, locución que significaba literalmente «lo común». El poder residía, en última instancia, en el Pueblo romano, lo que en la práctica se circunscribía a los ciudadanos varones que se reunían en las asambleas celebradas en la ciudad de Roma. En ellas se elegía a los magistrados y se votaban las leyes que estos últimos proponían en el ejercicio de sus funciones. Los magistrados vigentes y los que lo habían sido en el pasado, unos dos centenares en número, conformaban el Senado, institución que gestionaba buena parte de la política de la República. Los senadores, en general vitalicios, controlaban el presupuesto del Estado, orientaban las relaciones internacionales y determinaban a qué magistrados se les confería el mando militar y dónde habrían estos de actuar. De hecho, dada la importancia de la cámara, a menudo el gobierno de la República se concebía como el «Senado y el Pueblo de Roma» (*senatus populusque romanus*), pomposo enunciado que se solía abreviar mediante las siglas «SPQR».

A pesar de la aparente continuidad, el gobierno del SPQR afrontó diversas transformaciones durante el siglo que siguió a 150 a. C. Los senadores, en la práctica, se duplicaron y las normas que regían el ingreso en el órgano fluctuaron. También creció el número de magistrados. Uno de los principios fundamentales de la República romana era que estos debían permanecer en ejercicio durante un único año y que su poder siempre debía ser compartido con, al menos, otro magistra-

do de igual rango. Pero, desde finales del siglo II a. C., este principio comenzó a violarse cada vez con más frecuencia. El gran general Cayo Mario, por ejemplo, alcanzó la magistratura suprema, el consulado, cinco veces consecutivas, entre los años 104 y 100 a. C. Algo más tarde, el rival de Julio César, Pompeyo, ostentó un poder extraordinario durante buena parte de la década de 60 a. C. para combatir a los piratas que infestaban el Mediterráneo y, más tarde, para enfrentarse a uno de los enemigos extranjeros más peligrosos de cuantos se

habían alzado nunca contra Roma, Mitrídates, rey del Ponto, en el norte de Asia Menor. Pero, a medida que ciertos individuos iban alcanzando cotas de poder sin precedentes, la República experimentaba otro cambio significativo: aunque las instituciones del SPQR permanecieron vigentes, su legitimidad quedó en entredicho durante largos periodos de tiempo. Los grandes líderes confiaban en sus soldados y en las luchas callejeras para salirse con la suya. Las espadas y los puñales reemplazaron a los discursos, las leyes y las votaciones.



Estatua de Augusto de la villa de Livia en Prima Porta. Junto a él, sobre un delfín de aspecto horrendo parecido a una piraña, cabalga Cupido, el hijo de Venus, que recuerda al espectador que Augusto también se decía descendiente de la diosa. Museos Vaticanos, Roma, Italia.

# CAPÍTULO 2

## LA NUEVA POTENCIA MUNDIAL: EL IMPERIO Y LOS ASUNTOS IMPERIALES (150-139 A. C.)

### EL IMPERIUM DE ROMA

Como se manifiesta en su crónica, para Polibio resultaba incuestionable que Roma era un Imperio. La palabra que empleó para referirse a ello, dado que escribía en griego, fue *arché*, término que aún pervive en nuestro idioma en la raíz de vocablos como *monarquía*. Idéntico concepto había sido empleado siglos antes por los historiadores que describían el pujante Imperio persa. Con el tiempo, la palabra latina *imperium* (de la que deriva nuestro vocablo «imperio») llegó a tener el mismo significado. En 150 a. C., sin embargo, *imperium* se refería todavía al poder que el Pueblo romano delegaba en sus magistrados, a los que autorizaba a ostentar mandos militares. La voz *imperium* también se podía referir, en un sentido más abstracto, al poder del Pueblo de Roma (esto es, del Estado romano), que incluía su capacidad para exigir obediencia más allá de sus fronteras.

En parte, dicho *imperium* ultramarino lo ejercían los comandantes militares. Todos los años, el Senado encomendaba a cada uno de los magistrados de alto rango (los dos cónsules y los seis pretores) una misión especial, que en latín recibía el nombre de *provincia* (en plural, *provinciae*). Aunque tiempo después la palabra terminaría refiriéndose a una entidad geográfica administrada de forma permanente (como las provincias de la actual Canadá), en un primer momento no implicaba la pretensión de un dominio perdurable. Así, por ejemplo, durante la guerra contra Perseo, Macedonia fue asignada por un tiempo como *provincia*, pero tras el acuerdo de paz de 167 a. C. dejó de serlo, y ello pese a que se dispuso que las nuevas cuatro repúblicas habrían de satisfacer un impuesto anual. Durante cerca de treinta años desde 200 a. C., uno o ambos cónsules recibieron de forma habitual *provinciae* en el norte de Italia, región que poco a poco fue quedando bajo control romano, gracias sobre todo a la colonización y a la construcción de calzadas (*vid.* capítulo 7).

Durante los años cincuenta del siglo II a. C., aunque las *provinciae* todavía eran, en esencia, de naturaleza militar, en el Mediterráneo occidental el Senado asignaba algunas de ellas de forma regular. Cada año se enviaban generales a Sicilia, Cerdeña, Hispania Ci-

terior e Hispania Ulterior. Las cuatro regiones, en el pasado, habían formado parte del Imperio marítimo cartaginés y la atención que Roma les prestaba era el resultado de las trascendentales guerras que la República había tenido que librar contra Cartago durante buena parte del siglo III a. C., las llamadas Primera y Segunda Guerras Púnicas («púnico» era el término que los romanos empleaban para referirse a los cartagineses, en alusión a los fenicios que se asentaron tiempo atrás en Cartago). Los generales de Cerdeña y las dos Hispanias hubieron de guerrear contra las poblaciones locales durante todo el siglo II a. C., en especial en la inmensa península ibérica. Pero pronto adquirieron, además, nuevas obligaciones, como la de arbitrar las disputas entre comunidades locales, defender los intereses de los colonos romanos y supervisar el abono de los impuestos. En Sicilia, por ejemplo, famosa por sus espléndidos campos de cereal, se recaudaba el diezmo, es decir, la décima parte de las cosechas.

En Oriente, donde abundaban las ciudades-estado ampliamente desarrolladas y los reinos como el de los seléucidas en Siria o el de los tolomeos en Egipto, los romanos ejercieron su *imperium* de una manera menos directa. En el año 150 a. C. no se asignaban de manera regular *provinciae* orientales. En su lugar, aunque los Estados mantuvieron un elevado grado de autonomía interna, ante cualquier disputa fronteriza enviaban representantes a Roma para hablar ante el Senado. La cámara, a su vez, despachaba delegaciones de forma periódica, tal como explica Polibio, «para lograr una reconciliación, para hacer alguna demanda o, ¡por Zeus!, para intimar una orden, para recibir la rendición de alguien o para declarar la guerra».

Cuando el rey seléucida Antíoco IV murió en 164 a. C. y fue sucedido por su pequeño vástago Antíoco V, por poner un ejemplo, el Senado aprovechó la oportunidad para enviar a tres embajadores. Su misión era incendiar la flota y desjarretar a los elefantes de guerra que aquel Estado había mantenido durante cierto tiempo, a la vez que contravenían sus tratados con Roma. A su llegada, estalló un alboroto y el líder de la embajada perdió la vida durante los consiguientes disturbios. Mientras, desafiando las órdenes del Senado, otro de los pretendientes al trono seléu-

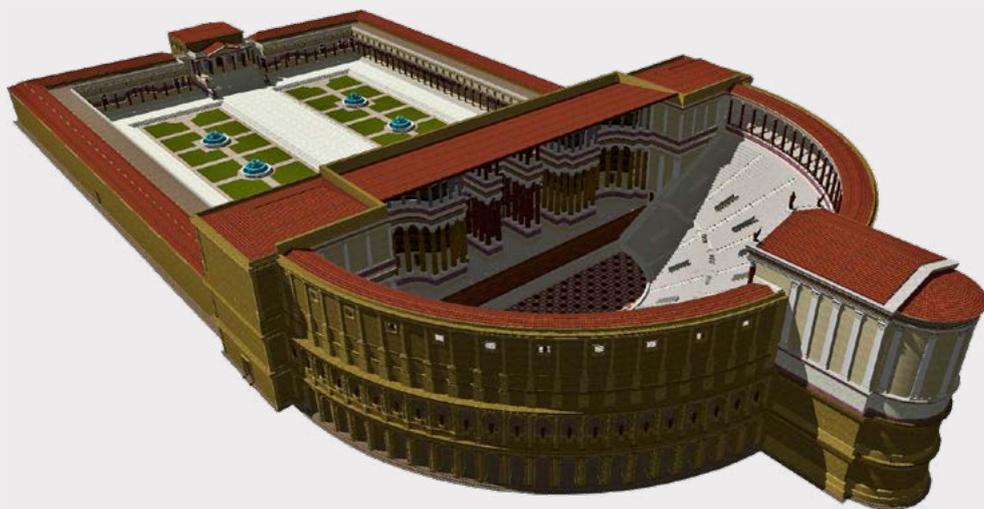
cida que hasta entonces había vivido en Roma, Demetrio I, escapó de la Urbe, abandonó Italia en un barco cartaginés y, una vez en Siria, ejecutó al rey niño y se hizo con el poder. Polibio, amigo de Demetrio además de su compañero en las cacerías de jabalíes por la campiña itálica, escribiría más tarde que el Senado se había negado en un principio a entronizar a Demetrio debido a que la Cámara creía que la debilidad de un rey menor de edad iría más en consonancia con los intereses romanos. Pero, tras el regreso de Demetrio, el Senado le permitió permanecer en el poder.

La historia es prototípica del *imperium* romano de la época. Aunque demandaba obediencia por parte de las otras potencias, el Senado se esforzaba por invertir

en el exterior el menor volumen posible de recursos militares y financieros, sobre todo, en Oriente. En consecuencia, la política senatorial, a menudo, era plenamente oportunista, pues buscaba obtener el máximo poder al mínimo coste. Pero el Senado también intentaba siempre actuar de forma correcta, al menos técnicamente hablando (se abstendían de violar los tratados suscritos, por ejemplo). Para un extraño, semejante postura podría parecer caprichosa. Por ello, una de las metas de la historia de Polibio fue precisamente la de explicar a sus lectores griegos la lógica que guiaba la toma de decisiones senatoriales de su época, a los que sugería, de paso, formas de lidiar con ella.



Gigantesco anfiteatro de Pompeya, construido en torno al año 70 a. C. El tercio inferior de las gradas estaba reservado a los principales miembros de la ciudad recién colonizada, lo que reforzaba la jerarquía social.



Recreación del Teatro de Pompeyo y del Pórtico que se extendía tras este. Según los autores romanos de poemas de amor, el pórtico repleto de obras de arte y sus jardines constituían uno de los lugares favoritos de los romanos para conocer mujeres (imagen del modelo digital Virtual Rome © 2016, Universidad de Reading. Virtual Rome cortesía del Dr. Matthew Nicholls).

# CAPÍTULO 4

## LA BATALLA POR LA REFORMA (150-104 A. C.)

### LA POLÍTICA DEL IMPERIO

Pese a la destrucción de Cartago, la batalla por Hispania se prolongó durante años. El asesinato de Viriato (el pastor reconvertido en general) en 139 a. C. puso un fin más o menos definitivo al dilatado conflicto lusitano (*vid.* capítulo 2), pero la «guerra de fuego» contra los celtíberos persistía, con la fortaleza de Numancia resistiendo en lo alto de una colina. Durante el invierno de 140/139 a. C., el general romano Q. Pompeyo, acampado en las cercanías de la ciudad, fue a su vez asediado y obligado a negociar la paz en unos términos muy favorables a los numantinos. Como era de esperar, el Senado rechazó la paz antes incluso de que el Pueblo pudiera votar para ratificarla. En 138 a. C., por ende, los cónsules procedieron a organizar una nueva leva para la siguiente campaña anual, pero en ese momento tuvo lugar un imprevisto.

Como en cualquier leva, se exigió a los ciudadanos en edad militar que se presentaran en Roma o en los otros enclaves designados al efecto. Del grupo congregado, los magistrados u oficiales a cargo seleccionarían a los candidatos más adecuados. De inicio, el servicio militar en ultramar podía prolongarse hasta seis años, con una paga anual base de 480 sestercios que, sin embargo, se veía reducida de un modo significativo para hacer frente a los gastos de manutención y alojamiento de los legionarios. Si durante la campaña se obtenía algún botín, no obstante, cada soldado tenía derecho a una parte. Por ello, cuando un buen general promovía una leva para una guerra en la que se anticipara la consecución de expolios, eran numerosos los reclutas que se presentaban voluntarios, lo que incluía muchos veteranos con larga experiencia militar. Encontrar soldados para batallar en las lucrativas guerras que se libraron en el norte de Italia a partir del año 200 a. C., por ejemplo, no fue nunca un problema. Por el contrario, cuando se convocaban levas para las guerras menos populares, se hacía necesario obligar a muchos de los reclutas a tomar las armas y, algunos de ellos, ni siquiera llegaban a presentarse en el lugar de reunión señalado.

Durante la leva de 138 a. C., no obstante, dos tribunos ordenaron apresar a los cónsules (uno de ellos, el hosco Escipión Nasica, ejercía además de *pontifex maximus*) y los arrojaron a la pequeña prisión de Roma. En teoría, actuaron así porque no se les había permitido eximir de la leva a ciertos reclutas, un derecho del que hasta entonces habían gozado los tribunos de la plebe. Pero todo apunta a que, en realidad, encarcelaron a los cónsules para protestar por la manera en la que el Senado (y los comandantes senatoriales) estaba conduciendo la guerra en Hispania, al buscar tan solo gloria y riquezas para sí en vez de preocuparse por obtener la victoria decisiva o salvaguardar la vida de sus soldados.

La crisis de 138 a. C., de hecho, fue el desenlace de todo un rosario de frustraciones anteriores. Ya, en 151 a. C., los tribunos habían prendido brevemente a los dos cónsules por ordenar una leva para Hispania demasiado estricta. Uno de aquellos cónsules, L. Licinio Lúculo, estaba decidido a combatir y, en cuanto logró desembarcar en Hispania, atacó a diversos pueblos sin que hubiera mediado provocación alguna. En 149 a. C., un tribuno propuso juzgar al pérfido colega de Lúculo, el pretor Ser. Sulpicio Galba, y manumitir a todos los hispanos esclavizados por él. Llamando a la piedad en sus emocionantes discursos de defensa, y quizá también mediante la distribución de sobornos, Galba consiguió, a pesar de ello, que la propuesta del tribuno fuera desestimada. Pero es probable que, en respuesta a este fiasco, otro tribuno, C. Calpurnio Pisón, aprobara una ley que creó un tribunal permanente destinado a juzgar a los magistrados senatoriales acusados de extorsión (el hurto del dinero perteneciente a los súbditos del poder romano). Los veredictos serían impartidos por pequeños jurados de senadores, y el castigo para los culpables pasaría por el pago de los daños causados. Delegando así parte de su autoridad judicial, es posible que el Pueblo esperara allanar el camino para que los magistrados corruptos terminaran rindiendo cuentas ante la ley.

# CAPÍTULO 5

## LA ESPIRAL DE VIOLENCIA (104-80 A. C.)

En 102 a. C., un ciudadano romano llamado Lucio Equitio se presentó ante los censores y, en el transcurso de su declaración, ante el estupor general, dijo ser hijo de Tiberio Graco. El censor, Metelo Numídico, el prudente noble al que Mario le había arrebatado la dirección de la guerra contra Yugurta, se negó a proseguir con el registro censal. Tiberio había tenido tres hijos, afirmó Metelo, y los tres habían muerto; el nombre de un «desconocido de baja condición» no debía incluirse en los registros de tan distinguida familia. La furiosa multitud, que respaldaba la dudosa afirmación de Equitio, no tardó en intentar apedrear al censor. En consecuencia, un tribuno convocó a la hermana superviviente de Tiberio, Sempronia, a un careo público con su pretendido sobrino, durante el cual se le pidió que besara a Equitio. Ella, lanzando una mirada desdeñosa a la concurrencia, se negó.

Podemos afirmar casi con rotundidad que Equitio no era hijo de Tiberio. Pero, en última instancia, lo que sus pretensiones demuestran es hasta qué punto el recuerdo de los hermanos Graco seguía presente en toda una nueva generación de políticos que se cuestionaban cómo se estaban repartiendo las ganancias y el prestigio del Imperio. Subían y bajaban de los Rostra a grandes zancadas mientras proferían lamentos, burlas e imprecaciones, y gesticulaban con dramatismo ante las multitudes reunidas a su alrededor. El más famoso de todos fue L. Apuleyo Saturnino, uno de los tribunos que apoyó a Equitio (y quien es probable que discurriera la idea del falso Graco). Determinado a recurrir a cualquier instrumento legal, e incluso a la fuerza, para socorrer a sus conciudadanos, acostumbraba a valerse hasta de bandas de esbirros armados con piedras y palos para expulsar de las asambleas a los votantes de signo contrario. Durante las elecciones en las que pretendía ser reelegido tribuno por segunda vez, algunos de sus parti-

darios terminaron matando a uno de los candidatos rivales durante un forcejeo en el lugar de los comicios. Al año siguiente, Saturnino no dudó en ordenar el asesinato del candidato consular.

«Cada año se cometía un crimen abominable en el foro», escribe el historiador Apiano. Sus *Guerras civiles* son la única crónica que conservamos sobre el periodo que media entre la tormentosa irrupción de Saturnino en la escena política en 104 a. C. y la delicada crisis desatada en 91 a. C. Pero incluso su obra es demasiado lacónica sobre los acontecimientos que marcaron la mayor parte de la década de los noventa, una década crítica para el devenir de la República. Los historiadores modernos tienen que componer sus narrativas a partir de minúsculos indicios, a la manera de verdaderos forenses. La historia que emerge, en todo caso, es la de un descontento creciente entre sectores clave de la sociedad, entre los que se incluyen los aliados itálicos que tan a menudo habían derramado su sangre en las guerras de Roma. Aunque algunos senadores comprendieron la necesidad de introducir reformas, las envidias mutuas, combinadas con los prejuicios de los votantes, se probaron un obstáculo infranqueable. Como resultado, los itálicos terminaron alzándose en rebeldía en 91 a. C.

Los ciudadanos romanos pospusieron, entonces, sus diferencias para hacer frente a la amenaza y, en última instancia, accedieron a conceder la ciudadanía a todos los itálicos. Mas la manera concreta en la que estos debían votar dividió de nuevo a las élites romanas y, en 88 a. C., estalló un nuevo ciclo de violencia, todavía más letal. Las bandas armadas con puñales se desplegaron por el Foro, atacaron a los dos cónsules y, lo peor de todo, uno de ellos, Sila, tomó poco después la determinación de marchar sobre Roma al frente de un ejército. Aquel año marcó una ruptura total de las instituciones cívicas romanas. Con toda probabilidad fue un punto de inflexión más trascendente que el célebre asesinato de Julio César en 44 a. C.

# CAPÍTULO 7

## ROMA ENTRE LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO: EL ELEFANTE ATASCADO (80-60 A. C.)

Marzo de 81 a. C. Pompeyo acababa de regresar a Roma y, a fin de causar sensación, decidió que haría su entrada en la ciudad sobre un carro tirado por cuatro elefantes. Dos años antes, había reclutado un ejército en las tierras de su padre y se había nombrado a sí mismo general. Sila le había enviado a Sicilia al frente de aquellas tropas para dar caza a los partidarios de Mario y, cuando la mayoría de ellos huyó a África para reunirse con sus correligionarios marianos, Pompeyo les había seguido los pasos. Una vez derrotados, el joven dedicó algunos días a cazar leones y elefantes en Numidia. «Ni siquiera las fieras que habitan Libia –sostuvo entonces, satisfecho–, debían quedarse sin conocer la fuerza y la valentía de los romanos».

Sin embargo, no tardó en llegar una misiva de Sila en la que le ordenaba que licenciara a sus tropas y aguardara a su relevo. En vez de ello, Pompeyo regresó a Roma junto con todo su ejército y exigió un triunfo. El general tenía tan solo veinticuatro años y hasta entonces no había ostentado magistratura alguna ni era miembro del Senado. Era demasiado joven. Sila y los senadores quedaron asombrados ante la demanda, pero el dictador se sintió obligado a acceder, e incluso comenzó a llamar a Pompeyo «Magno» (es decir, «el Grande»), tal como hacían sus soldados. El joven y apuesto varón, que además mostraba un cierto parecido físico con Alejandro Magno, estaba ansioso por materializar dicha comparación. Eso explica que se abandonara en África a unas cacerías que recordaban a las de Alejandro y también que trasladara los elefantes hasta Roma. Por desgracia, las puertas de la ciudad se probaron demasiado estrechas para dar cabida a los gigantescos paquidermos, por lo que el general hubo de optar en su lugar por el convencional tiro de caballos.

El contratiempo simbolizaba a la perfección no solo las dificultades que encontró Pompeyo para encajar en Roma a su vuelta, sino también la brecha creciente que se estaba abriendo entre el tipo de gobierno que requería el cada vez más extenso mundo romano y las instituciones tradicionales del SPQR de base ciudadana. Las terribles guerras de la década de los 80 a. C. habían desestabilizado toda la cuenca mediterránea. Ahora los piratas devastaban las islas y las ciudades costeras, en tanto que los refugiados políticos huidos de Roma desafiaban al Senado silano. Uno de ellos, Sertorio, en la

práctica había creado un Estado romano alternativo en Hispania. En 75 a. C., el Senado comenzó a emprender acciones concertadas para lidiar con toda esta crisis generalizada, lo que impulsó una estrategia global contra los piratas. Su éxito, no obstante, fue limitado.

En cambio, para lidiar con este mismo problema, a Pompeyo se le confirieron en sucesivas ocasiones poderes extraordinarios, primero de manos de un Senado en cierto modo desesperado y después de los tribunos, quienes en el año 70 a. C. habían recuperado ya todas sus potestades. Gracias a ello, el general, junto con sus oficiales y soldados, obtuvieron toda una serie de victorias que restauraron la estabilidad en el Mediterráneo y acrecentaron de súbito el Imperio romano y sus ingresos. Los fundamentos de estas repetidas concesiones de poderes extraordinarios en los años 60 a. C., primero para combatir a los piratas y después para enfrentar al resurgido Mitrídates, fueron sumamente creativos, como también lo fueron las estrategias implantadas por el propio Pompeyo. Unos y otras, de hecho, proporcionarían unos precedentes cruciales para el gobierno de Augusto y los demás emperadores. No en vano, a su regreso a Roma en 61 a. C., Pompeyo, a la sazón el hombre más poderoso del mundo romano, no solo trajo consigo toneladas de tesoros y los planos del primer teatro permanente de Roma, sino también una nueva concepción del Imperio romano como digno sucesor del de Alejandro.



Moneda de plata de mediados de los años 50 a. C. que conmemora la conquista del mundo. El globo del reverso recuerda específicamente el trofeo representando al mundo que se exhibió durante el triunfo de Pompeyo de 61 a. C., mientras que las tres pequeñas coronas de laurel aluden a sus tres triunfos.

# CAPÍTULO 9

## EL RUMBO DEL IMPERIO: GOBIERNO PROVINCIAL Y SOCIEDAD (90-50 A. C.)

### RESISTENCIA, REBELIÓN E INTEGRACIÓN

A medida que Roma fue estableciendo su control sobre los territorios ultramarinos, hubo bastantes desafíos a su autoridad, como había sucedido en la propia Italia. El levantamiento de los pueblos galos bajo el liderazgo del carismático Vercingétorix es un buen ejemplo de ello. Augusto tendría que afrontar rebeliones similares en otras tantas regiones recién conquistadas (*vid.* capítulo 14). Mucho más espectacular, sin embargo, fue la masacre de los romanos e itálicos radicados en Asia orquestada por Mitrídates en el año 88 a. C. Según nuestras fuentes posteriores, romanas, el monarca dio instrucciones de asesinar a todos los hombres, mujeres y niños, así como deshacerse de sus cadáveres sin darles sepultura e incautar todas sus propiedades. Estos autores nos detallan todo tipo de atrocidades. En Pérgamo, por ejemplo, los itálicos refugiados en un santuario perecieron asaeteados mientras se abrazaban a las estatuas de los dioses. En Cauno, se asesinó a los niños primero, ante los ojos horrorizados de sus madres.

La piratería y el bandolerismo proliferaron también como un modo de resistencia ante el gobierno romano. Aunque la piratería era un fenómeno endémico de la cuenca mediterránea, favorecida por sus intrincadas costas, al menos una parte de quienes la adoptaron como medio de vida a finales del periodo republicano pertenecían a comunidades desestabilizadas desde el punto de vista económico debido a la llegada de los romanos a Oriente. Aparte de enriquecerse con el saqueo, los estados en miniatura organizados por los piratas en los años 80 y 70 a. C. ambicionaban, en concreto, dañar el prestigio romano. Por su parte, las comunidades de montañeses como las que habitaban la Cilicia de Cicerón («constantemente llena de enemigos») eran «enemigas» en parte porque cobijaban a los esclavos huídos de

Roma. Y huelga decir que estos esclavos tenían un punto de vista algo diferente al de Cicerón. Durante el siglo I a. C., los oráculos diseminados por todo el mundo griego proclamaban la inminente caída de Roma: «Por mucho que Roma haya tomado de los impuestos asiáticos, Asia recuperará tres veces más de Roma y se vengará de su funesta arrogancia; por muchos asiáticos que hayan servido en las casas de los itálicos, veinte veces más itálicos servirán en Asia como esclavos».

Pero, aunque algunas comunidades se unieron a Mitrídates, otras desdeñaron sus órdenes y aprovecharon cualquier oportunidad a su alcance para anunciar su lealtad a Roma. Así, la ciudad de Estratonicea mandó grabar una carta de Sila en la pared de su templo consagrado a la diosa Hécate: «En toda ocasión habéis preservado intacta vuestra fidelidad hacia nosotros [...]; en la guerra contra Mitrídates fuisteis los primeros de toda Asia en ofrecer resistencia», rezaba. Junto con la carta, se plasmó un decreto del Senado repleto de garantías de «buena voluntad, amistad y alianza».

Los embajadores de la ciudad fueron saludados como «caballeros de carácter y honor», en tanto que la propia ciudad se consideraba habitada por un «pueblo honorable». El Senado, en suma, confirmaba todos los territorios e ingresos que Sila había asignado a Estratonicea. La inscripción ilustra claramente cómo las comunidades locales cultivaban sus relaciones tanto con el Estado romano como con los individuos romanos, cuyo poder crecía durante el siglo I a. C.



La cabeza de Pompeyo, sometida a una profunda restauración, se conserva en la actualidad en Venecia (Italia). La tupida cabellera y la manera de inclinar la cabeza recuerdan a los retratos de Alejandro Magno, un parecido que al propio Pompeyo le gustaba enfatizar. Museo Archeologico Nazionale, Venecia, Italia.

# CAPÍTULO 10

## LA CIUDAD MUNDO: SOCIEDAD Y CULTURA EN ROMA (85-45 A. C.)

### ¿PLACERES POPULARES?

El ocio no era algo reservado a los aristócratas. También disfrutaban de él los romanos comunes, por lo que constituía una de las principales atracciones de la ciudad. Algunas de las instalaciones, bien es cierto, estaban presentes también en otras localizaciones de Italia como Pompeya, pero como es natural las de «la Urbe» (como los romanos llamaban a Roma) eran las mejores, o, al menos, las más numerosas. Una infinidad de termas, por ejemplo, acogían al transeúnte en su relajante atmósfera por apenas una moneda. Cada barrio tenía sus propias tabernas. Los senadores las despreciaban, es muy probable que por su horrenda comida, su fetidez y las reyertas que de continuo estallaban en su interior, pero eran lugares sumamente animados que no solo procuraban comida caliente y un vaso de bebida templada (y alcohólica), sino que en su interior también se jugaba y se apostaba, puede que al son de la música que alguna muchacha hispana o siria tocara con sus castañuelas o su flauta.

Las tabernas ofrecían, asimismo, la oportunidad de conseguir un encuentro sexual. Catulo, en este sentido, no se privó de reprochar la arrogancia de los hombres que frecuentaban una taberna junto al Foro: ¿se piensan que son los únicos con cojones y «consideran a los demás unos cabrones?». Los romanos ricos daban por sentado, sin duda de un modo injusto, que cualquier mujer que trabajara en una taberna era prostituta. Pese a todo, lo cierto es que el sexo estaba a la venta en bares, burdeles y en las propias calles. Al igual que uno podía acceder a ciertas termas por apenas una moneda, también había prostitutas que no pedían mucho más por sus servicios. Existían, eso sí, opciones más exclusivas,

«acompañantes» y «animadores» con nombres griegos y de ambos sexos. Y es que la tan cacareada virilidad de los hombres romanos no excluía el sexo con otro hombre, siempre y cuando el acompañante asumiera el rol pasivo.

Los romanos ordinarios frecuentaban toda una variedad de espectáculos. Los vecindarios organizaban sus propios entretenimientos, como representaciones bufas o campeonatos de boxeo; los poetas actuaban en el Foro o en las termas; los artistas callejeros contaban chistes e historias a los transeúntes. Pero eran los políticos, en su afán por atraer la atención del electorado, quienes, como Escauro, exhibían maravillas ante el Pueblo, como gigantescas jarras de vino o combates entre elefantes y toros. Y gastaban aún más dinero en los montajes teatrales. En los juegos con los que inauguró su teatro, Pompeyo organizó un desfile de mulas vivas que acarrearón el tesoro de Agamenón a través de la escena. En el siglo I, sin embargo, las tragedias y comedias más tradicionales se vieron desplazadas por un tipo de espectáculo cada vez más popular, el denominado «mimo». Con su lenguaje realista y sus situaciones propias de la vida corriente, el mimo constituía un verdadero espejo de la vida. Los actores podían deshacerse de sus máscaras e incluso de sus ropas, las mujeres actuaban junto a los hombres, y abundaban los comentarios licenciosos y las escenas sexuales. También se hicieron populares los «interludios» amenizados por danzarinas; el término empleado para referirse a ellos, *embolia*, era griego, como heleno era buena parte del idioma del negocio del espectáculo y el entretenimiento. Roma, al fin y al cabo, importó de Grecia muchas cosas además de intelectuales talentosos.

# CAPÍTULO 11

## LA GUERRA DEL MUNDO (49-30 A. C.)

### LA LUCHA POR CÉSAR

César había muerto, pero lo que sucedió a continuación demostró que el gran líder popular había creado en vida un movimiento político que le sobreviviría. Sus amigos, oficiales y soldados defendieron con ardor su memoria y lucharon por preservar sus actuaciones. En un principio, el cónsul Marco Antonio se arrogó el liderazgo en este sentido. Gracias al dinero y a los importantes documentos que el dictador guardaba en su casa y que Calpurnia puso en manos de Antonio, este se aseguró también el respaldo de Lépido, que contaba con tropas en la propia Roma. En la sesión del Senado del 17 de marzo, el cónsul ayudó a concertar un compromiso: los asesinos de César serían amnistiados, pero el Senado confirmaría todas las medidas y disposiciones del finado y se le prodigaría a este un funeral público. Por su parte, la plebe de Roma se enteró de que César había repartido en herencia una parte de su fortuna entre todos los habitantes de la ciudad y de que, además, había dispuesto que sus jardines se convirtieran en un parque público. Aunque Antonio no pronunció el memorable discurso que Shakespeare le atribuye en su *Julio César*, tuvo la astucia de organizar el funeral del dictador para acicatear a la multitud. El cadáver fue cremado en pleno Foro en una pira improvisada, sobre la que con el tiempo se erigiría un altar. Temerosos por sus vidas, los principales conspiradores huyeron de Roma a mediados de abril. Décimo Bruto consiguió, pese a todo, asumir el mando de la Galia Cisalpina que el propio César le había confiado antes del magnicidio.

La llegada a Italia del sobrino nieto del dictador, Cayo Octavio, incrementó la presión sobre Antonio. Para sorpresa de muchos, el dictador fallecido había designado como su heredero a este muchacho de dieciocho años. Desde un principio, el joven se mostró deseoso de aceptar la heren-

cia de su tío abuelo, comenzando por su mismo nombre, C. Julio César (al que podría haber añadido un cuarto, «Octaviano», cosa que no hizo, mas los historiadores modernos suelen utilizarlo por comodidad). Los amigos de César, muchos de los cuales se sentían defraudados con Antonio por no haber vengado el asesinato, ofrecieron su apoyo al heredero designado. Entre ellos se contó el hispano Balbo, que aprovechó para escribir una elogiosa biografía de su camarada fallecido, y también Hircio, quien trabajó para completar los comentarios inconclusos de César. Otros, en cambio, se mostraron más escépticos y persistieron en llamar «Octavio» al joven. Para silenciar a todos estos críticos, Octaviano se las ingenió para ser adoptado de manera póstuma por César.



Cubiculo pintado de la villa de Boscoreale, junto a Pompeya, exhibido hoy en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Las complejas vistas arquitectónicas son típicas del estilo más frecuente hasta 15 a. C. aproximadamente. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, EE. UU.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez - Comunicación

Tel. 658 150 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

